

JAVIER

Isaías Alejandro González

ISAIAS ALEJANDRO GONZÁLEZ CAZARES

JAVIER

O

DE LAS CONSECUENCIAS DEL AMOR

PRIHIBIDO



# Capítulo 1

## PARTE I

### TARDE DE CENA

#### CAPÍTULO I

##### LA CENA

Esa tarde acordaron verse para cenar, como en ocasiones anteriores, el mismo lugar y los mismos temas a platicar. Javier tenía la inquietud de los proyectos que emprendería y los flujos de efectivo que tendría que invertir, Lidia pensaba en los diferentes escenarios que le presentaría, solo era una cena formal.

Javier, cumpliendo con su propia política personal llegó antes al restaurant, iba vestido formalmente con traje negro y corbata, casi nunca usaba traje y se notaba por su incomodidad al tratar de liberar su cuello del yugo que le oprimía, Lidia llegó a la hora prevista, lo vio de inmediato y sonrió para saludar de lejos, ambos se acercaron al mismo tiempo y se saludaron a la mitad del camino, como grandes amigos que ahora eran y como viejos conocidos de mucho tiempo atrás.

- Hoy estás muy formal – comentó ella con riza picara.

- Tuve una reunión con mis socios en la mañana, bueno fue desde la mañana, pero terminamos hasta las tres, más o menos, de ahí me fui a la planta, estoy bien madreado – concluyo sonriendo, en realidad si se veía agotado, con los ojos rojos y la sonrisa un poco demacrada.

- Si quieres platicamos rápido, para que te vayas a descansar.

- No te preocupes, en realidad cenar contigo me sirve para desestresarme, no quiero conducir hasta mi casa ahorita – contestó él y Lidia sonrió animada, también estaba cansada, pero no se le notaba, a ella nunca se le notaba.

Comieron tranquilamente platicando de temas del pasado, con un poco de presente. Una mezcla de secundaria y preparatoria en las cuales estuvieron juntos.

- ¿Entonces no te acuerdas de Miguel? – preguntó ella mirándolo a los ojos, Javier odiaba que lo mirara a los ojos.

Pensaba que su mirada era demasiado profunda, muy observadora, se sentía descubierto en todo lo que pensaba, se sentía culpable de todos los

delitos que aún no había cometido. No era ningún secreto para ninguno de los dos que a él le gustaba ella, ya antes se lo había dicho y Lidia le contestó riendo "estás bien loquito", una respuesta política, peor que escuchar un tajante no.

Desde entonces había desertado en sus ambiciones de algo más que una relación de negocios mezclada con la más sincera amistad que él pudiera ofrecer.

- De verdad no, ¿de la "secu" o de "prepa"? – le contestó mirando hacia la ventana, afuera comenzaba a llover. De la "prepa" era el novio de Susana – contestó riendo, siempre reía, a él le parecía que siempre estaba alegre.

- Tampoco recuerdo a Susana – contesto él soltando una pequeña carcajada

- ¡No bueno! – dijo ella pensando "es un caso perdido".

La lluvia se volvió intensa y la gente en la avenida corría a buscar algún techado en donde refugiarse, Lidia se perdió un poco en el ambiente del lugar, las mesas estaban llenas y las pláticas diversas se mezclaban en un coro inentendible, le gustaba mucho ese sonido, oír sin escuchar, para que de pronto llamara su atención un solo sonido, los chicos que bebían en la mesa de enfrente, tres hombres y dos mujeres, muy jóvenes, muy felices, muy ensimismados "así tendría que ser yo" pensó sin prestarles mucha atención.

Javier, por su parte, se dio cuenta que la plática se había interrumpido abruptamente, que la chica con la que comía se había ido sin despedirse y se sintió un poco celoso.

- Me gustaría saber en qué piensas cuando te pones así – le dijo sin querer hacerlo, un pensamiento que se le había escapado por la boca.

- ¿Cómo? – preguntó Lidia sonrojada al sentirse sorprendida.

- Jajajaja – rio él para disimular un poco su error – cuando te quedas observando hacia cualquier lugar, hacia un punto fijo.

- Jajajaja – ella rio también antes de contestar – en nada ¿cómo me veo?

- No sé, solo me parece que sueñas con algo cuando te pierdes, los ojos se te dilatan, te sonrojas un poco, pero solo un poquito, es difícil de explicar, te ves más bonita que de costumbre.

- No seas mentiroso – dijo poniéndose aún más roja, si ya era vergonzoso que la descubriera le parecía aún peor que la describiera así; algo no

estaba bien, se sintió alagada y eso le gustó mucho – mejor ya vamos a ver el proyecto que tienes, para que te vayas a descansar.

- Está lloviendo, no nos podemos ir – contestó él – perdón por el piropo, no te vayas a enojar – dijo y sonrió.

- No cómo crees, no me molesta, me pareció lindo – dijo ella disculpándolo – no pienso nada en específico.

- ¿Entonces puedo seguir diciéndote piropos?

- No, se vaya a enojar tu mujer – contesto ella en un falso tono de seriedad.

- Jajajaja, no se va a enterar que te los digo – dijo él – a demás son solo halagos de amigos, ¿o no?

- Bueno – dijo ella sintiéndose en una posición más segura – si tú quieres – pero en realidad también quería ser halagada.

La tarde siguió avanzando y pronto se volvió noche, la lluvia seguía cayendo de intensa a moderada y de moderada a intensa sin parar en realidad, ellos pidieron unas copas después de la cena y hablaron de negocios durante algún tiempo, luego cambiaron de temas entre los viejos amigos, las experiencias amorosas y sus vidas de casados; Javier llevaba 5 años con su esposa, tenía dos hijos y, según su versión, nunca la había engañado; Lidia tenía tres años de casada, uno de divorciada y un hijo que entregaba a papá cada dos fines de semana.

Lidia había intentado algunas citas sin grandes resultados y después un periodo de soledad que solo le dejó la de un profundo vacío, su ex marido tenía una novia que nunca presentaba como oficial y de la que solo Lidia sabía su existencia, casi como su confidente. En ocasiones le había propuesto regresar a vivir juntos, intentarlo de nuevo, incluso le dijo que dejaría a su novia si ella decidía regresar.

Javier tenía una relación distante pero segura, dormía en el mismo cuarto que su esposa y a veces hacían el amor, casi siempre veían la televisión en las noches, aún después de tener relaciones la encendían y volvían a la distancia habitual, él decía que la amaba, lo decía ante todos y hasta ante el mismo con la intención de convencerse de que así era. Pero cuando su mente lo traicionaba, cuando estaba solo por las mañanas arreglándose para salir, en ese momento solo amaba a una que no era su mujer, aquella por la que esperaba a que dieran las diez de la mañana para enviarle el primer mensaje de buenos días.

Lidia sonreía escuchando sus historias, no le juzgaba nada, ni las mentiras que sabía que le contaba y recibía con gusto los mensajes de buenos días

siempre a las diez de la mañana.

- Creo que tenemos que irnos – dijo ella mirando su reloj, ya eran las 10 de la noche – ya es tarde.

- Está bien – dijo él haciendo señas al mesero para pedir la cuenta.

Los jóvenes divertidos ahora estaban borrachos, hablaban a gritos y reían a carcajadas. Lidia se fijó en ellos y de pronto también quiso reír a carcajadas, tuvo muchas ganas de sentirse emocionada y feliz, como la primera vez que se sintió enamorada; Javier pagó la cuenta y se levantó primero, Lidia seguía ensimismada cuando Javier le ofreció la mano para acompañarla.

- No sabes cómo me gustaría ser yo en quien piensas cuando te abandonas así – le dijo mientras tomaba su mano.

Lidia no contestó, estaba triste y feliz, nerviosa y tranquila, un poco bebida y un poco consiente.

Se levantó del asiento sin pensar en nada y con la mente en blanco avanzó de frente a él mirándolo directo a los ojos con esa mirada perdida que tanto enigma le causaba, esos ojos profundos que desnudaban todo su interior y lo hacían sentirse culpable no se detuvieron hasta que estuvieron frente a frente, hasta que sus labios se encontraron y sus cuerpos se unieron en un fuerte abrazo colmado de deseo.

## Capítulo 2

### CAPÍTULO II

#### LA CAMA

Un beso fue la llave que abrió la caja de Pandora y aunque ellos aún no lo sabían, ya tenían bien claro que nada sería lo mismo; lo supieron mientras caminaban hacia el carro de Javier y se detenían tras algunos pasos para abrazarse de nuevo y besarse sin importarles la lluvia, lo supieron mientras llegaban al carro, se subían para que la llevara a su casa y se volvían a besar arriba con el motor apagado y las luces prendidas, lo supieron en el camino mientras trataban de hablar de forma casual y sus corazones latían al unísono haciendo competencia a la intensidad de la lluvia que en vez de ceder apretaba minuto a minuto.

Lidia no recordó después si al llegar a su departamento ella lo invitó a pasar o él la siguió de forma instintiva. Entraron besándose y se sentaron en el sofá de la sala, un segundo después se abrazaron y en un minuto más ella estaba recostada y él la cubría con su cuerpo, las manos de Javier perdieron el límite de lo moral y se deslizaron dentro de la brusa blanca, aunque solo le acariciaba el vientre y la espalda. Javier encontró el deleite en lo liso de su piel, en rozar el borde del sostén cuya frontera aun no quería traspasar, quería explorarla centímetro a centímetro como para lograr memorizar todo su cuerpo. Ella por su parte solo quería seguir sin pensar, se sentía feliz, nerviosa, excitada y deseada; no quería interrumpir nada de aquello por algún pensamiento inoportuno de pudor ni de culpa, ese era su momento dichoso.

- Aquí no – dijo al sentir que Javier metía las manos al sostén – vámonos a la cama.

Javier se levantó sonriendo y excitado, se notaba en su rostro, en su impaciencia y en su pantalón; la tomó de la cintura en el pasillo y ella desabrochó su camisa, llegaron a la cama con menos ropa y más pasión, Javier se detuvo entonces para mirarla, ella ya estaba acostada, lista para recibirlo, lo miraba sonriendo, pero ya no era la misma sonrisa amistosa de aquellas tardes de cena, su mirada era aún más inquietante, los ojos profundos ya no lo culpaban, ahora eran ojos cómplices que le pedían sin hablarle que se acercara a ella, que no se detuviera más.

- No sabes cuánto te he soñado, disculpa si te lo digo – le dijo mientras la abrazaba en la cama y ella le quitaba el pantalón, al principio con las manos y terminando con los pies – pero necesito que sepas que esta noche me has concedido mi sueño imposible.

Ella por toda respuesta le entregó el cuello, no quería pensar en sus palabras ni interpretar lo que decía, solo quería sentirse feliz; al final, al terminar la noche todo acabaría. "Esta es mi noche" se atrevió a contestarse "esta noche es para mí" y se dejó llevar por un suspiro sorpresivo al sentir como por fin Javier se declaraba suyo y la reclamaba para él.

Mirándose a los ojos y compartiendo en besos el sudor de sus cuerpos pasaron la noche, sin acordarse de que existía un mundo al que tendrían que volver. Para Lidia no había nada más bello que las manos de Javier, para Javier los pechos de Lidia constituían el camino que lo llevaba al cielo y su vientre representaba todo lo hermoso que hay en la tierra. Mirarla a los ojos ahora era lindo, sentir su sonrisa contra sus labios le llenaba la mente de sueños y esperanzas; no se detendría ante nada para tenerla para siempre, no dejaría que nada la alejara de sus manos, porque la amaba... si, de verdad la amaba.

- Te amo – le dijo sin pensarlo, se lo dijo al oído, pero al parecer ella no escuchó, o fingió no escuchar.

La lluvia paró a las tres de la mañana, ellos continuaron hasta las cinco, a veces se detenían un momento y se recostaban para permanecer callados. A Lidia le gustaba posar su cabeza en el pecho de Javier, se sentía cómoda, protegida y relajada, podía escuchar los constantes latidos de su corazón y sentir cuando su pecho se inflaba al respirar, a veces un suspiro lo traicionaba y ella se sentía feliz "ese suspiro es mío también" pensaba traviesa.

Al darse las cinco de la mañana quedaron por fin dormidos, agotados como estaban durmieron sin soñar y solo por una hora estuvieron ausentes, luego el sonido de la alarma de Lidia los despertó.

- Es un fastidio, me tengo que levantar – dijo ella.

- No, quédate conmigo – contestó el con una sonrisa suplicante – no vayas a trabajar.

- Tengo que ir, señor – dijo Lidia devolviendo la sonrisa – a mi si me checan la hora de entrada.

- ¿Qué te parece si faltas? Dirás que tuviste que ir a desayunar con un cliente y luego sales... a desayunar con un cliente – bromeó Javier, estaba de muy buen humor.

Lidia rio, la broma era simpática y tuvo muchas ganas de aceptar su oferta, pero la luz del día se asomaba por la ventana y algo del encanto de aquella noche comenzaba a abandonarla, de verdad quería pasar aquella mañana con él y sabía que en el despacho nadie diría nada si faltaba un



sábado, pero también sentía un poco de recelo, se empezaba a sentir distante y eso le causaba un sentimiento de incomodidad.

- No, mira, mejor vete a tu casa para que no llegues tan tarde y no se moleste tu mujer – contestó para alejarlo un poco y pudo ver en su rostro un gesto incómodo.

- Ella no me dirá nada – contestó serio – no sé, posiblemente ni siquiera note que no llegué.

Lidia se sintió más incómoda aún, le dio un beso en los labios y se levantó de la cama, aún estaba desnuda, Javier se excitó un poco al verla caminar frente a él con los senos firmes y las caderas lisas, se preguntó si la podría ver de nuevo así y ese pensamiento lo hizo sentir inseguro.

- Espera – dijo levantándose rápido – de verdad no te vayas – la abrazó y le beso los labios – quédate conmigo un poco más.

Ella lo miró sonriendo, el corazón le latía mientras sentía su cuerpo desnudo pegado al de ella.

Quiso contestar que sí, quiso dejarse llevar solo un poco más y regresar a la cama, pero sabía que no podía, regresar a la cama haría que sus pensamientos se mezclaran, que sus sentimientos se revolvieran y además, Julián, el papá de su hijo, podría llegar en algún momento, él tenía llaves del departamento y solía ir a buscar para que salieran los tres juntos, como familia, decía que era por el niño, algo bueno para su auto estima.

- De verdad no puedo – respondió soltándose de Javier con un beso –pero si quieres nos escribimos durante el día.

- ¿Volveremos a salir así? – preguntó Javier.

- ¿Así cómo? – preguntó Lidia.

- Como esta noche – dijo serio Javier – no como amigos ni por trabajo, quiero seguir viéndote, quiero seguir besándote.

- Claro – contestó Lidia sonriendo, aunque en su mente divagaba entre sí y no, no quería apresurarse, no quería ninguna relación y menos con él, que estaba casado; pero tampoco quería arruinarlo, sabía que aquello que le había pasado no era algo común y aún era muy reciente como para tener una respuesta fría y correcta – claro, si quieres hablamos el Lunes y platicamos bien.

Javier la vio meterse al baño y cerrar la puerta de tras de ella, al parecer no lo quería como compañía, decidió no insistir más y regresó a la cama



para buscar entre las sábanas revueltas su ropa interior, sus pantalones habían caído al suelo, la camiseta, corbata, saco y camisa habían quedado regados en el pasillo junto con la blusa blanca y el pequeño saco de Lidia.

Cuando ella salió del baño Javier ya estaba vestido, con la ropa arrugada y el cabello aun despeinado se veía muy gracioso, Lidia rio y le besó de nuevo tiernamente, mientras la tomaba de la cintura sintieron la vibración de un celular dentro del saco de Javier que anunciaba una llamada.

- Tengo que contestar – Dijo Javier separándose de ella y caminando hacia la sala.

- Hola, hola amor – alcanzó a escuchar Lidia – sí, no pude regresar anoche, estaba lloviendo muy fuerte y yo un poco tomado... no... me quedé en un hotel, pero ya voy para allá.

Lidia se sintió de nuevo sola, el malestar la había alcanzado y no quería dejarse llevar, no frente a Javier, terminó de arreglarse rápido y aun despeinada y con el rostro sin pintar se acercó a Javier que apenas terminaba la llamada.

- Si quieres lavarte un poco puedes pasar al baño – comentó tratando de sonreír – de verdad lo siento, pero si me tengo que ir temprano hoy.

Hacía tiempo que el sol había salido, pero Javier entendió que la prisa no era por la hora, pasó al baño a lavarse la cara y a arreglarse un poco la ropa, luego salió para encontrar a Lidia esperando en la sala.

- Te llevo a tu trabajo – le dijo.

- No te preocupes, solo déjame en el metro – contestó ella.

Caminaron al carro callados, sonriéndose tímidamente de vez en cuando, se tomaron de la mano varias veces y luego se volvieron a soltar. En el carro todo fue media hora de noticias y pláticas sobre el clima, él trataba de mostrarse alegre, pero el pesar de Lidia ya también lo había invadido “Tal vez se haya dado cuenta de que nos equivocamos, tal vez debería decirle que lo lamento y que si quiere podemos ser tan amigos como siempre” pero no se atrevió a decirlo, llegaron al metro y él se detuvo en la entrada.

- Muchas gracias por todo – dijo ella.

- Gracias a ti ¿te marco en la tarde?

- Si claro, no hay problema.

Entonces Javier la miró a los ojos e inclino su rostro para despedirse, Lidia besó su mejilla y se despidió de él diciéndole "hasta luego, vete con cuidado".

## Capítulo 3

### CAPÍTULO III

#### DESAYUNO FAMILIAR

Regina no durmió bien esa noche, el calor y su periodo menstrual le causaron tantos bochornos que hacían que las sabanas se sintieran como una ardiente red que la tenía atrapada en la cama.

A las dos de la mañana abrió los ojos miró la hora en su celular, los mensajes enviados desde las doce de la noche habían llegado sin problema pero Javier aun no los había leído "hola amor ¿cómo estás?" a las doce, "amor, me voy a dormir nos vemos cuando llegues" a las doce treinta, "amor sigue lloviendo fuerte, solo avísame si estás bien, ¿va?" a las doce cuarenta, "sé que estás bien, pero cuando puedas me contestas, ¿sí?" a las doce cuarenta y cinco y a la una y media solo escribió "hola", desde entonces decidió ya no escribirle más hasta la mañana, a las dos solo tenía la intención de conciliar el sueño, eso tampoco le estaba saliendo bien.

- ¡Maldita sea! – dijo desesperada y se levantó de la cama, sintió el flujo caer en la toalla sanitaria y se preguntó si habría manchado su ropa.

Entró en el baño para cambiarse, efectivamente estaba manchada, más aún para sentir coraje, "¿Dónde estará Javier?" se preguntó mirándose al espejo y en lo profundo de su mente la voz molesta de su subconsciente le contestó "está con otra mujer", inmediatamente trató de bloquear ese pensamiento, no solía dejar que los celos actuaran sobre ella, siempre había pensado que eso era para gente insegura y sentía que las personas celosas se degradaban a sí mismas "aun así, está con otra" se repitió.

Regresó a la cama después de cambiarse, se acostó y esta vez pudo conciliar un poco el sueño, aunque siguió despertando intranquila y mirando en su celular la hora que avanzaba lenta y los mensajes que simplemente no eran leídos. A las siete de la mañana le marcó a Javier.

- ¿Estás bien? Me tenías preocupada – Javier le contestó con un tono de voz un tanto apresurado.

- Los niños aun no despiertan, si quieres te esperamos para desayunar – continuó ella.

- Estoy un poco lejos, amor, si quieres desayuno por aquí, para que los niños no se aguanten – dijo él en el mismo tono "de verdad no quieres

desayunar con nosotros" pensó ella.

- Si amor, como gustes, te digo que aún no se despiertan y, bueno, como es sábado, no creo que agarres mucho tráfico – contestó.

- Ok deja me apuro y te aviso cuando ya vaya en camino.

- Si amor, vente con cuidado – dijo ella y esperó hasta escuchar el "adiós, te amo" de Javier, luego congó el teléfono, se le hizo un nudo en la garganta y sintió como si en ese momento se le partiera en pecho en dos, se alejó del teléfono y entró en el baño para poder llorar.

Manuel era un pequeño de un años, dormía en el cuarto de a lado y solía despertarse puntualmente a las ocho de la mañana; Javier, el hijo más grande, despertaba después, alrededor de las ocho y media. Mientras ellos seguían dormidos Regina aprovechó para bañarse y arreglarse un poco, después del baño se sintió más relajada, a las ocho y diez fue al cuarto de Manuel que ya estaba de pie asomándose por encima de los barrotes de la cuna esperando la llegada de su mamá, cuando la vio le regaló una de esas sonrisas alegres que solo los bebés son capaces de expresar, daba brinquitos en la cama y se estiraba para recibir a su madre.

Regina lo tomó de las costillas y lo levantó para abrazarlo, ¡olía tan bien!, Lo recargó en su pecho, el niño trataba de tocarle la cara con las manitas, Regina lo llevó a la sala y lo colocó dentro de un pequeño corral que estaba justo en medio, frente al televisor, dejó que el niño se entretuviera con las caricaturas mañaneras mientras ella se iba a la cocina para preparar el desayuno "¿si llegará a desayunar?" se preguntó mientras preparaba el café, entonces le vino a su mente la idea de verlo en un VIPS o cualquier otro lugar similar, desayunando con su amante, platicando felices, olvidándose de su familia.

- No es así – dijo en voz alta tratando de sacar la idea de su mente "¿y si así fuera qué más da?" pensó tratando de tranquilizarse "además, él puede hacer con su vida lo que quiera, siempre que no se le olvide que tiene hijos".

Tomó su celular y revisó los mensajes, algunas amigas comenzaban a platicar, los parientes cercanos daban los buenos días, Javier permanecía ausente "¿entonces si llegarás?" le escribió y el mensaje una vez más partió, llegó y se quedó en suspenso. Un minuto después vio al pequeño Javier bajando las escaleras y lo escuchó darle los buenos días.

- Buenos días mi amor – sonrió y el niño le devolvió la sonrisa – siéntate con tu hermanito, mi vida, ahorita les preparo el desayuno.

- Si mamá – contestó el pequeño y se metió por sí mismo al corral de la sala.

Revisó otra vez el celular, aún no había respuesta, empezó a sentir un poco de ansiedad, sirvió leche en un pequeño vaso con figuras de caricaturas y llamó al pequeño Javier al tiempo que recogía a Manuel para llevarlo a su perquera. Papilla para el bebé, leche en una mamila y fruta picada; para el pequeño Javier fruta, leche y un poco de pan; ella se sirvió café, tenía pan a lado pero no tenía ganas de comer, quería fumar un cigarro, hace años que no fumaba y nunca se le había antojado tanto como ese día.

Miró su celular, aún no había respuesta, ya pasaban de las nueve y media “no puedo creer que no se digne en contestar”, se dijo enojada, el pequeño Javier le hablaba de temas sin sentido, algo de su vida mezclada con programas de televisión y mucho de su propia imaginación, pero ella casi no lo escuchaba, estaba ausente, estaba con Javier, el padre, y con su amante, viéndolos besarse, sintiendo odio a cada abrazo, con cada risa, la risa de Javier ahora le parecía odiosa i y pensar que por eso la había conquistado! “No te hagas esto” se dijo y respiró profundamente “él no tarda en llegar, otras noches tampoco ha llegado a dormir, así es su trabajo” se dijo para convencerse pero esta vez no se creyó “no deberías ponerte tan mal” siguió pensando cuando Javier, su hijo, le dijo: Mamá ¿por qué estás llorando?

- Por nada amor – contestó Regina bajando la cara y secándose el par de lágrimas que se habían escapado de los ojos.

Entonces la puerta del patio se abrió, Regina sintió una repentina alegría y levantó el rostro para asomarse; en la entrada Toñita, o doña Toña, que ayudaba a la familia con las labores del hogar, entraba pesadamente, lidiando con la bolsa de mandado que llevaba a todas partes y con la pesada puerta “por supuesto, Javier abriría en zaguán desde el carro” pensó sintiendo una fuerte opresión de nervios en el estómago.

- Buenos días señora – dijo Toñita al entrar en la sala.

- Buenos días Toñita – contestó Regina y también saludaron los niños con gritos de emoción.

Toñita era unas señora de cuarenta y cinco años, pesaba poco más de noventa kilos y caminaba lentamente, era muy paciente con los niños, por lo que la querían mucho, y muy entregada a las labores del hogar, por lo que Regina también la quería mucho, estaba divorciada y tenía tres hijos bastante grandes, el mayor tenía diez y siete años y estaba a punto de salir de la preparatoria.

- ¡Hola mis niños! –dijo abrazando primero al pequeño Javier y luego a Manuel, quien le tendió los brazos emocionado – Ahorita te cargo papá, déjame solo pongo mis cosas en la cocina – le dijo, luego volteó a ver a Regina quien le sonreía ausente a los niños - ¿Está bien, señora? – Regina esa mañana se veía muy demacrada, pálida y ojerosa.

- Si, Toñita – dijo sintiéndose sorprendida por la pregunta – solo que anoche no pude dormir muy bien.

En el celular sonó por fin la respuesta del mensaje “Hola amor, disculpa, tuve que pasar al taller a dejar unas cosas, no voy a poder llegar a desayunar con ustedes, espero llegar antes del medio día”. Ella ya se lo esperaba, sabía que la respuesta sería esa desde mucho tiempo antes, aun así la recibió con desilusión; dejó a los niños sentados encargándoselos un momento a Toñita, luego se fue al baño, no quería que la vieran mal, se recargó en el lavabo y se miró en el espejo, sentía coraje, sentía odio, sentía frustración... pero también se dio cuenta que no sentía ganas de llorar, no, ya no lloraría más por Javier.

## Capítulo 4

### CAPÍTULO IV

#### TODO POR ESCRITO

A las Nueve de la mañana el despacho se veía muy solo, Lidia no había llegado a esa hora desde que era asistente y trataba de darse a conocer como entusiasta y dedicada; al parecer ningún otro asistente tenía tan buenas intenciones, ya eran las nueve diez y apenas empezaban a llegar los primeros, algunos aun con cara de cansancio, pensó que ella no había sido la única en la oficina que no había dormido bien “¿Qué habrán hecho ellos anoche?” se preguntó casi sin querer, la pregunta la hizo reír, estaba de buen humor.

“Hubiera aceptado el desayuno con Javi” se dijo a si misma mientras tomaba un poco más de café “al final ya le había dicho a su esposa que estaba lejos” e imaginó a Javier en su casa con su esposa y sus hijos, viviendo como un padre de familia modelo después de haber pasado toda la noche con ella. La culpa y una especie de alegría cómplice aparecieron en su corazón, no sabía porque le gustaba imaginarlo justo ahora como un buen hombre de familia, tal vez eso era lo que más le atraía de él... aunque era contradictorio para su situación “simplemente es lindo que sea un buen hombre” se dijo y así concluyó su dilema.

- Buenos días Lidi –le dijo Mónica, una de sus tres encargados – hoy llegaste muy temprano.

- Fue para descubrirlos, a ver si es cierto que llegan temprano como dicen – contestó Lidia sonriendo – ya ves como todos me mienten.

- Yo si llegué temprano, regaña a los demás.

- Ahorita, a los que lleguen después de la media le toca regaño y castigo – dijo y las dos rieron – por cierto, ¿ya le hablaste a la contadora Lizbeth?

- Si ayer le marqué por teléfono y quedó que hoy enviaba las carpetas de Junio.

- ¿Y le mandaste correo?

- No Lidi – dijo Mónica sonriendo un poco apenada.

- Mándale correo, recuerda que con esa mujer las palabras no valen, todo tiene que ser por escrito.



- Sí, no te preocupes, ahorita se lo mando – contestó.

Mónica salió de la oficina y despreocupada caminó hacia la cafetera, Lidia quedó una vez más sola con sus pensamientos, en esa mañana quedar sola con sus pensamientos significaba volver a la noche anterior, recordar los besos y las caricias, se sintió feliz, dejó que sus recuerdos divagarán hasta la cena y justo en el momento en que Javier le decía que deseaba ser él en quien pensaba “deseo concedido, señor” se dijo suspirando, hace mucho que no suspiraba por nadie, hace mucho que no se sentía plena como esa mañana “tal vez deba hablarle” se dijo, luego recordó que era sábado, que él tendría que estar con su familia siendo buen padre, siendo un buen marido “así tiene que ser” y extrañamente no se sintió mal, estaba de acuerdo con que él estuviera con su familia, era tan de ellos como de ella, tal vez un poco más de su familia, pero lo importante es que también era de ella.

- Hola contadora ¿Cómo está? – Lidia no se lo esperaba, eran las diez en punto en fin de semana, el primer mensaje de Javier y ella se sentía entusiasmada.

- Hola señor, un poco desvelada, ji ji ji – contestó y al momento de responder se sintió apenada, quiso borrar el mensaje, pero ya estaba marcado como leído.

- ¿Qué raro, yo también? – contestó él con una carita de travesura al final del texto.

- Jajajaja, payaso – contestó ella – ¿a qué hora llegaste a tu casa?

- No he llegado, tuve que venir al taller y mejor pasé antes de irme a descansar – contestó él, pero no le dijo que mientras conducía quería regresar a ella, que quería llamarle o ir a su trabajo para secuestrarla y llevarla a pasar el día con él como habían pasado la noche, tal vez sin el encuentro íntimo pero por lo menos para estar juntos.

- ¿Tienes mucho trabajo? – preguntó ella queriendo que fuera algo casual, antes había escrito y borrado “entonces vendrás a verme” él fin de semana no era de ella, no podía hacerse a la idea de visitas sorpresivas, menos en su trabajo, en el trabajo él era solo un cliente y no podía permitirse nada personal.

- No mucho en realidad, solo quería pasar un tiempo a solas antes de regresar a mi casa ¿sabes? Toda la mañana he estado pensando en ti.

- Yo también – contestó Lidia que se había sonrojado – fuiste muy lindo anoche.

- Gracias, estaba pensando que igual puedo pasar a tu trabajo antes de irme a mi casa ¿Cómo ves?

“Si ven” pensó Lidia – no, lo siento – contestó – hoy Andy tiene una fiesta de cumpleaños y su papá quiere que los acompañe, entonces voy a estar ocupada en la tarde.

- Lo entiendo – Javier no lo entendía, pero no le quedaba más que aceptarlo, de verdad tenía ganas de estar con ella y no le gustó la idea de ella con su ex marido en una fiesta como familia – si gustas entonces podemos vernos otro día. No te quiero presionar, pero ite necesito!, jajajaja.

Lidia leyó el último mensaje y no supo que contestar, ¿era broma?, era muy pronto para que la necesitara, eso la asustó un poco y consideró que era mejor no contestar por el momento. A su ayuda llegó Alfonso, otro de sus encargados, era un señor de treinta y cinco años, regordete, alto, con barba hipster y lentes de armazón grueso, divertido en su forma de ser y el mejor amigo de Lidia en el trabajo desde que entró dos años atrás.

- Hola Lidi – dijo, Lidia pudo ver que estaba sudado, había llegado después de las diez y por lo agitado que estaba sabía que había caminado a paso veloz desde la salida del metro, en otras personas ella pudo haber supuesto que habían corrido, pero Alfonso nunca corría, ella lo bromeaba diciendo que él no sería capaz de correr ni para salvar su vida. Lo imaginaba con un asesino en a su espalda y a él después de tres pasos detenerse y decir “es inútil, mátame de una vez”.

- Buenas noches, Poncho – contestó mirándolo con seriedad fingida.

- Perdón – dijo el sonriendo – no sabía que ibas a caerte de la cama hoy, si no hubiera salido más temprano – rieron juntos.

- Ándale, ieh!, todo por eso hoy te vas hasta las seis.

- ¿Qué te parece a las cinco y media? – dijo él y a Lidia le parecía muy gracioso que apenas pudiera hablar y respirar al mismo tiempo.

- Está bien – contestó ella riendo – pero además hoy te tocan los cafés.

- Ahorita voy por ellos, deja prendo mi compu – contestó al final Alfonso y luego Salió de la oficina.

En su celular Lidia tenía más mensajes de Javier, sin abrir la aplicación revisó la pantalla, el último era para desearle un bonito día. Aun no quería contestar, lo dejaría así por un tiempo y después de las doce le escribiría diciendo que había entrado a una reunión y ya no tocaría más el tema de

necesitarse.

Para Javier la mañana avanzó muy lentamente, los sábados no solía ir a la planta; a él le gustaba llamarle taller, pero sabía que desde hace cinco años ya no podía considerarse así, desde que había comprado maquinaria nueva, más moderna y eficaz y desde que había tenido la necesidad de contratar un contador para calcular sus impuestos y determinar la nómina de los trabajadores.

Supo que ya no era un taller cuando sus ingresos anuales sobrepasaron los cincuenta millones y empezó a tener más y más clientes que lo buscaban para comprarle y más y más amigos que querían asociarse con él en un sinfín de negocios. En realidad su único socio formal era Raúl, que conoció en la universidad y había aportado más tiempo que dinero a la creación de la empresa. Javier tenía el sesenta por ciento de acciones, mientras que Raúl había aportado únicamente el veinte por ciento, el otro veinte por ciento se dividía diez y diez con dos tíos de Javier que más bien le habían prestado dinero para compra de maquinaria cuando apenas empezaba y que habían recibido su pago un año atrás, aun así habían quedado en el acta constitutiva como socios y ahí permanecerían. Raúl ostentaba el pomposo puesto de Director de Planta en la empresa de su amigo, prácticamente el jefe de todo antes de Javier, que era el Director General, y fuera de su responsabilidad únicamente estaba el contador Marco, señor de cincuenta años y que no solía hacer su trabajo más que cuando Javier lo presionaba demasiado.

Esa mañana Javier no tenía nada urgente que hacer, miraba en su computadora algunos modelos de cajas, luego miraba el celular, Lidia aun no le había contestado, ni siquiera había leído los mensajes, Regina tampoco le había escrito, pero él no estaba pensando en su esposa, si acaso llegaba a necesitar algo ella le escribiría, bajo cualquier otra circunstancia no solía hacerlo.

A las doce y media de la tarde apagó su computadora, estaba fastidiado de esperar y se sentía tonto, había ido a la planta solo para escribirle a Lidia y si podía decirle que la amaba, decírselo con libertad, pero al parecer ella era la que no se lo permitía "Estoy acelerando las cosas" pensó dándose cuenta que la relación que tenían estaba condenada a desaparecer tarde o temprano, tenía que comprender que ella quería actuar con cautela y él mismo tenía que tomar la misma postura "lo de anoche fue hermoso y emocionante" se dijo "pero si quieres que ocurra de nuevo, más te vale hacer las cosas con calma, con cuidado" recordó todas las veces que Lidia le había dicho que solo quería que fueran amigos y un incómodo sentimiento de inseguridad se apoderó de su pecho al instante "si sigo insistiendo la voy a ahuyentar, es mejor dejar las cosas así por el momento", cerró su oficina y miró su celular mientras bajaba la escalera,

se sintió emocionado, Lidia por fin había contestado.

- Hola, lo siento, he estado en una reunión toda la mañana ¿ya te fuiste a tu casa?

- No – contestó él – no te preocupes, apenas voy de salida.

- Oye, siento mucho no poder verte hoy, de verdad que si me gustaría salir contigo pero ya tenía el compromiso desde antes – escribió Lidia, desde que lo había dejado en espera había contado las horas para volver a escribirle y eran tantas sus ganas de contestar que hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para aguantar media hora más de la que se había propuesto, casi por orgullo personal.

- Yo también tengo muchas ganas de verte y no es por lo de anoche solamente, niña – contestó él – de verdad me encanta estar contigo. Pero sé que también tienes tus compromisos. Voy a subir al carro ¿si quieres te marco? – concluyó esperando escuchar su voz, estaba enamorado y quería oírla hablar.

- No, lo siento – contestó ella – si quiero platicar contigo, pero aún estoy en la oficina y hay mucha gente, no quiero que empiecen los chismes.

- Jajajaja, lo entiendo, no te preocupes, podemos seguirnos escribiendo.

- Me gusta mucho que me escribas – contestó ella – así puedo volver a leer las cosas que me dices – entonces se dio cuenta que había delatado una costumbre que tenía desde hace un par de meses, apenas después de reencontrarse ya se escribían diario y también diario repasaba dos o tres veces la conversación, a ella siempre le parecía interesante y divertida.

Javier subió al carro, en el caminó aprovechó cada semáforo y parte de tráfico para escribirse con Lidia, varias veces leyó “te quiero mucho” y él contestó “te amo” sabiendo que no debía hacerlo para no alejarla, pero escribiéndolo a fin de cuentas, en una ocasión ella le escribió “recuerde que no debe amarme porque es un hombre casado”, él lo leyó en broma y en broma le contestó “señora, sobre el corazón no se manda, pero créame que mi mente no podría estar más de acuerdo para enamorarse de forma indebida, que estando enamorado de usted”, él mismo no se entendió, pero trató de ser romántico y funcionó, Lidia contestó con caritas de corazones y sonrisas sonrojadas.

- Hola amor, ya estoy cerca de la casa – por fin decidió escribir a Regina. Pero esta vez fue ella la que no contestó, eran casi las dos de la tarde y él apenas le había escrito, apenas llegaba a su casa, seguramente estaría muy molesta. Al instante un sentimiento de culpa se adueñó de él y se

sintió descubierto.

- Lidi, me tengo que despedir, estoy a punto de llegar a mi casa – le escribió a Lidia pensando en evitar que ella le mandara mensajes mientras estaba en su casa, con su esposa.

- No te preocupes, que bueno que ya llegaste – contestó ella comprensiva  
– Ten un lindo fin de semana.

- Tú también, ¿nos veremos el lunes? – preguntó.

- Sí, si quieres en la tarde vamos a comer – contestó ella. -

-Entonces hasta el lunes, te amo – escribió él.

- Hasta el lunes, te quiero mucho, muchísimo – contestó ella y no hubo más mensajes ese día.

Javier metió el carro y vio que la casa estaba sola, Regina no había contestado su mensaje.

- Amor estoy en casa, ¿dónde fuiste? El mensaje partió, llegó y fue leído, pero no hubo respuesta, entonces Javier se preocupó, mientras entraba a su casa empezó a pensar que Regina se había ido, que se había llevado a sus hijos, que lo había descubierto “¡claro, si fuiste tan obvio!” se regañó “¿cómo le dijiste que te habías quedado en un hotel? hubieras llegado en la madrugada, después de estar con Lidia! o, mejor aún, te hubieras venido del restaurante a tu casa y habrías evitado esto” pero ya estaba hecho y ahora tenía que solucionarlo.

- Amor, contesta, ¿estás enojada?

Y sin recibir respuesta esperó en la cantina de la sala, con una copa whisky en la mano y un nudo en la garganta, recordó a Lidia y sus desprecios constantes, pensó que debía de dejar las cosas así, solo relación de amistad y profesional, le parecía la mejor opción para él, para ella y para Regina, tal vez se sentiría culpable por hacerla pensar que solo había querido llevarla a la cama, pero al final podría demostrarle con su amistad que esa no había sido su intención. A demás, tendría que hacer algo por Regina, también amaba a Regina y no quería separarse de sus hijos “basta de mensajes, voy a llamarle” pensó, tomó el teléfono y buscó el número de Regina, estaba nervioso, no sabía que decirle ni cómo justificarse, de lo único que estaba seguro era que no quería perder a su familia.

## Capítulo 5

### PARTE II

### BITÁCORA DE CITAS

### CAPÍTULO I

### LUNES CASUAL

- No te detengas – dijo Lidia, sus mejillas estaban sonrojadas y cuando vio el rostro de Javier que le sonreía con ternura, luego tomó su cabeza y la llevó con suavidad hacia su cuello –no te detengas por favor – le dijo al oído mientras le acariciaba el lóbulo con los labios y la lengua.

- No – contestó Javier, tratando de no acabar, se sentía muy excitado y le contaba mucho contenerse mientras seguía sintiendo su pene deslizarse en la entrepierna húmeda y tibia de Lidia, estaba a punto de estallar y no quería dejarla con el sentimiento de un orgasmo incompleto.

Lidia se aferraba a él con fuerza y arañaba su espalda mientras sentía sus besos devorándole el cuello que Javier solo dejaba para explorar su boca y ella al sentir las caricias de la lengua en el interior de su boca pensó “es maravilloso” mientras terminaba apretando el cuerpo entero y se aferraba más a él jalándolo con sus piernas hacia arriba, él entendió muy bien el mensaje y se detuvo en lo más profundo que podía llegar, apenas moviéndose mientras que Lidia sentía la presión en su interior, el éxtasis la llevaba a la inconciencia y en la inconciencia ella era muy feliz. Un momento de placer, acompañado de la calma subsecuente y al final la última sensación placentera, Javier había eyaculado y su pene se volvió de pronto un poco más suave.

Cuando por fin se detuvieron quedaron acostados un momento, él sobre ella, aun no quería salirse, aún se sentía cómodo y a gusto en su interior y Lidia sudada, satisfecha y feliz, dejó que su querido Javi reposara dentro, todo había quedado resguardado en el condón, pero a ella le hubiera gustado no utilizarlo y así pasar la tarde imaginando que aún tenía una parte de él en ella, otra de esas cosas que le gustaba imaginar aun sabiendo que no era posible, al final todo era una simple ilusión, ella no dejaría que Javier la embarazara, no se lo permitiría nunca porque sabía muy bien que él no le pertenecía, aquella relación también era parte de la ilusión y ella haría lo posible por no llevar tantas secuelas en el momento en que terminara. Pero aún no estaban en ese punto y por más consiente que fuera, Lidia no estaba dispuesta a pensar en el final de todo eso hasta que las cosas se precipitaran, con Javier ella se sentía más que deseada, se sentía amada, con él ella era incapaz de sentir nostalgia y abandono y

eso le encantaba.

Una vez que terminaron Javier pareció entrar en razón, su rostro se veía de pronto serio, no le dijo nada, pero ella lo notó de inmediato, él la besó en los labios suavemente y le dijo que la amaba, luego se levantó para entrar al baño y después de unos minutos salió para recostarse a su lado desnudo, cansado y callado. Lidia odió esa actitud, aunque no duró mucho, porque sabía que mientras él estaba callado y no la miraba, en realidad estaba pensando en Regina, si se sentía mal era porque él la amaba y aunque ella sabía que no podía hacer nada (y en su mente consiente no quería hacer nada) en su subconsciente se sentía celosa y odiaba que Javier tuviera relaciones con ella solo para después pensar en su mujer.

- Ya no volverás al trabajo hoy – le dijo Javier sonriendo, Lidia pensaba en Regina y no le prestó atención.

- Si quieres, podemos ir a cenar – le comentó otra vez, tratado de platicar.

- No, Javi, te tienes que ir a tu casa – le contestó ella, mirándolo a los ojos y acariciando el copete de su cabello lacio y corto – a demás yo también me tengo que ir, ya no voy a encontrar a Andy despierto – no solía encontrarlo despierto, pero ya no quería cenar esa noche, se sentía un poco culpable y no era por Regina, si no por ella misma.

- Está bien, ¿qué te parece si te paso a dejar a tu casa y de ahí me voy?

- Si – contestó ella para no rechazarlo una vez más – pero hasta mi casa no, mi mamá es muy enojona y no quiero problemas.

- Claro amor, te llevo hasta donde se pueda – dijo Javier riendo y comenzaron a besarse de nuevo.

Javier tampoco quería llegar tarde a su casa, su esposa seguía molesta y él había roto la promesa que se había hecho a sí mismo, no duró ni una cita, el domingo en la tarde se había decidido “solo será una cita casual, trataras de que todo sea como amigos y, si es necesario, habla con ella para aclarar las cosas” proyectaba el final de su aventura como una plática seria y un poco triste imaginando que Lidia estaría de acuerdo y que respetaría su decisión. Luego pensaba en que ella podría llorar, si lloraba seguro a él se le partiría el alma y seguro trataría de compensarla con un fuerte abrazo que le demostrara que con él estaba segura y que nunca más la dejaría llorar. Al final de sus discursos mentales recordaba el frio beso de despedida del viernes pasado “tal vez a Lidia ni siquiera le importe” se decía entonces con amargura, no esperaba prolongar más su relación con ella, pero no podía dejar de sentir dolor al pensar que a ella



no le importaba tanto como le importaba a él.

“¿Pero cómo no fallar?” se dijo para justificarse recordando todo aquello mientras miraba el rostro de su amada recostada a lado suyo; y es que cuando llegó con Lidia a las tres de la tarde, solo para comer, ella se veía hermosa, salía del metro Zapata vestida con zapatillas altas y minifalda negra, entallada y que le llegaba a las rodillas, traía un pequeño saco del mismo color que la falda y una blusa rosa clara con el escote pronunciado, su cabello claro estaba suelto y jugueteaba con el viento a cada paso que daba y con los lentes puestos irradiaba sensualidad; Javier pudo notarlo por la cantidad de miradas que robaba mientras avanzaba hacia él. Se acercó para saludarla, Lidia sonreía y él contestó la sonrisa confundido porque quería abrazarla y besarla como si se fuera a morir por no hacerlo, pero necesitaba solo besar su mejilla en forma amistosa, como lo hacían antes del viernes pasado, para que todo fuera normal; nada de eso pasó, Lidia se acercó a él y le besó los labios con apenas un roce cariñoso.

- Hola – dijo Lidia y Javier desesperado pensó “¿Por qué en los labios?”

- Hola, niña – contestó y dejó que Lidia se recargara en su cuello para abrazarlo, él la tomó por la cintura con ambas manos y se olvidó de Regina y de todos los compromisos que había hecho consigo mismo durante todo el fin de semana – te extrañé mucho ¿sabías? – añadió apretándola con más fuerza.

- Yo también te extrañé – le confesó Lidia dejándose abrazar y respirando profundamente la fragancia emanada del cuello de Javier, no identificó el tipo de perfume que era, pero el aroma cítrico se había grabado antes en sus sentidos, era el mismo que traía la noche del viernes – ayer pensé mucho en ti, ¿no se enojó tu esposa por lo que hicimos?

- Jajajaja – rio él – si no le conté.

- No tontito – dijo ella riendo a la par - ¿si no se enojó porque no llegaste?

- No mucho – contestó él – cuando llegué no estaba, había ido a ver a sus papás y regresó hasta la tarde.

- Está bien, que bueno que no tuviste problemas – contestó ella separándose un poco de él.

- La verdad si estuvo enojada un tiempo, nunca se había molestado porque no llegara a la casa, al principio pensé que se había dado cuenta, pero pasó el domingo y ella comenzó a actuar normal – dijo él mirándole los labios, rojo intenso, se los quería besar.

- Normal es bueno, ¿no? – preguntó ella, se había dado cuenta de la mirada de Javier, poniéndose un poco nerviosa se mordió el labio inferior, él se sintió aún más encantado con aquel gesto.

- Normal es un tanto como indiferente, ya te lo había dicho, Regina y yo somos más amigos que esposos – dijo desviando la mirada de los labios rojos, no necesitaba verlos si su intención era no enamorarse más.

- No me gusta, Javi, no quiero que seas infeliz – dijo Lidia abrazándolo de nuevo.

- Justo ahora soy muy feliz – dijo Javier respirando a través de su cabello y movió el rostro para sentirlo con sus mejillas – si – dijo al final como si estuviera meditando – no se me ocurre ahora nada que me haga más feliz que estar contigo.

Lidia ya no contestó, dejó que el corazón le palpitara con fuerza y respiró profundamente aquel perfume que le encantaba mientras pasaba el efecto de esa emoción repentina. Después se tomaron de la mano y caminaron buscando un lugar dónde comer. Agarrados de la mano platicaban mejor y cada una de las historias que Javier contaba eran recibidas con agrado por Lidia; ella solía ser hermética con su vida privada y pocas veces hablaba de su pasado, pero Javier ya la conocía y despertaba en ella toda la confianza para contarle cosas que no creyó que pudiera platicarle a nadie, historias que ni siquiera Poncho había escuchado salían de su boca con tanta naturalidad que a veces se sentía espantada de sí misma y por eso le sorprendía cuando Javier escuchaba atentamente hasta el final de cada una de sus anécdotas, cerrando sus discursos con observaciones que siempre le parecían puntuales y objetivas “me encanta su manera de pensar” se decía mientras miraba hablar a Javier.

“Después de la comida nos separaremos” pensó Javier mirándola discretamente mientras comía “la llevaras a su oficina y la dejaras, posiblemente estando tan cerca se despedirá igual de beso en la mejilla, entonces el final de esto se dará poco a poco” el plan era bueno, no terminaría la relación de tajo, dejaría que se extinguiera poco a poco con los horarios desiguales que tenían y las distintas actividades que los mantenían ocupados “al final ella no tendrá tiempo para ti ni tú para ella” concluyó su monólogo interno sin dejar de verla y sintiendo cada vez más fuerte ese deseo de tenerla una vez más.

- ¿Has pensado en nosotros? – preguntó Lidia después de comer, mientras caminaban sin rumbo en plaza Universidad, con un helado en las manos – en lo que estamos haciendo.

- Si – dijo Javier sin poder mentirle, dándose cuenta de que era el momento preciso de terminarlo todo, de despedirse de esa relación, de ser preciso tendría destruir el mundo para alejarse de ella, porque no

había más opción – mira niña – continuó en tono serio – para mí esto ha sido algo más hermoso que el mejor de mis sueños, de verdad te agradezco la oportunidad que me has dado de salir contigo, de estar contigo, pero... pero yo quiero mucho a mi familia – pensaba continuar, decirle que ya no podía seguir a su lado pero no pudo, se detuvo ahí y la miro con ojos un poco desesperados, la más intensa necesidad de besarla peleaba en su interior contra toda la fuerza de voluntad que tenía para no hacerlo... y sabía que estaba perdiendo.

- Lo sé – dijo ella después de un segundo de silencio, pero no continuó.

- La única verdad en estos momentos para mí es que quiero estar contigo, me duele incluso la idea de sentirte distante, yo podría aceptar, como en todos estos meses, que solo seamos amigos; pero no te puedo mentir, sería una amistad hipócrita de mi parte, porque por más que quiera verte de esa manera, no creo que logre controlarme – luego la volteó a ver de reojo con el gesto más encantadoramente coqueto que Lidia le hubiera notado hasta entonces y continuó – cada que te miré sabrás que mi único deseo es besarte.

- Eres muy lindo, ¿lo sabías? – dijo Lidia con las mejillas rojas, no se atrevió a mirarlo, concentrando su vista en el helado que batía con la pequeña cucharita color rosa continuó – a mí también me gusta mucho que salgamos juntos y tampoco me gustaría que fuera de otra manera.

- Mira, yo sé bien que, como te lo dije, mi familia siempre será un gran muro entre nosotros, pero aun así quiero intentarlo, si tú me lo permites, yo trataré de hacerte feliz, de compensar todo lo que no puedo darte – dijo sabiendo que era todo lo contrario de lo que había planeado, todo lo contrario de lo que debía hacer, se quedó callado un instante mientras Lidia se distanciaba unos pasos mirándolo de reojo, entonces esperó que ella fuera la que lo rechazara y de esa manera fuera ella la que terminara todo.

- No, no quiero que pienses en tu familia como un muro, un peso o cualquier otra cosa; yo sé que eres un buen marido y un excelente padre, no quisiera que cambiaras. Sabes, yo te quiero mucho y no me gustaría sentir que soy la causa de que te alejes de tu familia y mucho menos de tus hijos – la respuesta lógica le causo de inmediato ardor en el estómago, estaba siendo rechazado y le dolía mucho más de lo que había proyectado.

- Lo siento mucho, niña – Sintió también una intensa presión en el pecho – tal vez no sepas cuan especial eres para mí y lo mucho que te quiero, si yo fuera soltero, créeme que no me detendría hasta estar contigo para siempre.

- Si, supongo que las cosas no se dieron en el momento en que debieron, ¿te imaginas cómo hubiera sido todo si nos hubiéramos hecho novios desde la secundaria? – dijo sonriendo y esta vez sí se atrevió a mirarlo a los ojos, pensando en lo bonito de aquella situación.

- ¡Yo no sé cómo pude ser tan tonto! – dijo él miraba de pronto al suelo – si desde la secundaria te conozco, ¿cómo no te hice mi novia entonces? ¿cómo no me quedé contigo? – ella sonrió.

- Ya ves ¿para qué no te aplicas? – dijo y él empezó a reír.

- No quiero que esto termine, de verdad no sabes cómo disfruto estar contigo, si supieras lo mucho que te he llegado a querer desde que te volví a encontrar, eres la mujer más especial que he conocido – y sin querer le vino a la mente la imagen de Regina, sentada frente a él en la sala de su casa, escuchando atentamente esas mismas palabras “la mujer más especial que he conocido” y también se las dijo enamorado, pero en esa ocasión no estaba definiendo su relación, sino disfrutando de su compañía, eso lo hizo sentir un poco de repulsión y vergüenza de sí mismo; pero no cambió de opinión, Lidia era muy especial.

- Yo también te quiero mucho – contestó ella dejando que la desesperación proyectada por Javier la contagiara y la hicieran sentir miedo de tener que separarse, ella también estaba enamorada desde mucho tiempo antes de acostarse juntos. Todos los mensajes de buenos días y buenas noches no habían sido en vano, habían actuado en ella y sin que él lo supiera había excavado poco a poco en el infranqueable corazón de Lidia, si ella era de piedra, él era el flujo de agua constante que por fin había horadado hasta su interior – y también sé que está mal, pero contigo me siento muy cómoda, fuera de cualquier situación... solo te quiero cerca de mí.

- Siempre me tendrás cerca, mi niña – dijo él mirándola a los ojos y tomándola de las manos – yo ya no podría alejarme de ti, ya no resistiría vivir sin tu sonrisa.

- ¿Entonces seguiremos juntos? – preguntó ella mirándolo con pena, tenía mucho miedo de que la respuesta fuera “no”, si respondía que no, ella no sabría qué hacer, lo dejaría, dejaría su cuenta en el trabajo para ya no tener que verlo otra vez, ya no tendría valor de verlo de nuevo.

- ¿Seguirás conmigo, aunque esté casado? – él la miró a los ojos, se empezó a sentir feliz y un poco excitado.

- Pues, creo que no tengo muchas opciones si quiero estar contigo – dijo ella y sonrió aliviada, no tendrían que dejarse.

- ¿De verdad? – preguntó él emocionado y ella solo movió la cabeza para afirmar la pregunta, Javier la tomo una vez más de la cintura y subió las manos para acercarla más a su cuerpo, las trompetas de triunfo y los tambores de alegría retumbaron con estruendos festivos en una explosión de alegría que a Javier le tomaría toda la vida poder asimilar.

- ¿Quieres ser mi novia? – dijo con un tono tímido de niño de secundaria. Al fin estaba resolviendo su error de secundaria.

- Jajajaja – rio ella y lo miró con ternura, sus manos aun batían el helado ya casi completamente derretido – si, si quiero – y extrañamente sintió ganas de llorar, quería llorar porque se sentía feliz y porque ese tipo de felicidad que entonces sentía era muy extraño en ella, así que comenzó a besarla para no llorar.

- ¡Gracias, gracias, gracias! – dijo él sin dejar de besarla – mira, yo sé que no puedo ser un novio tan formal como para que tú me sientas como un hombre soltero, pero te prometo que haré todo lo posible para que siempre estés enamorada de mí.

Lidia sonrió y decidió creerle, sí quería ser su novia y eso le parecía mejor que considerarse como su amante, dejó que la besará tanto como él quería y poco a poco despertó en ella el deseo de tenerlo una vez más, cada beso era una insinuación para ir a la cama y cada que él se detenía esperaba que la tomara de la mano y la llevara a prisa al primer hotel en el que pudieran refugiarse.

- Tengo que volver al trabajo – dijo Lidia separándose un poco de Javier, no tenía muchas ganas de regresar, se sentía bien estando con él y ahora se sentía especial, los besos como su novia tenían, extrañamente, una sensación muy diferente a los besos sin título que se habían dado anteriormente.

- Espera un poquito más – dijo Javier – te prometo que no será siempre, solo hoy seré mala influencia para ti, después te dejaré trabajar tanto como necesites, hoy solo quiero disfrutar a mi nueva novia.

“Mi novia” pensó Lidia y sin contestar se recargó en su pecho, tenía muchas ganas de estar con él.

- Si corazón – dijo después de separar su cabeza – pero solo un poquito más, tengo que regresar para que no me empiecen a molestar, solo un ratito más ¿eh?

Javier tenía los ojos de Lidia fijos en sus ojos y encontró en su mirada la mezcla perfecta entre ternura y deseo. La mirada cómplice aparecía una vez más y se sintió aún más excitado “¿es posible que de verdad la quieras tanto?” se preguntó y encontró la respuesta de inmediato en la

alegría que le proyectaba su sonrisa “tal vez es posible, incluso, que ella me quiera de la misma manera” se contestó y la soltó de la cintura, la tomó de la mano para caminar con ella, pero ella no se movió, quería seguir abrazada a él y tomándolo ahora ella por la cintura le dijo:

- ¿Sabes? si vamos a ser novios de horas laborales – le dijo acercándose a su oído – ¿no crees que deberíamos aprovechar los momentos juntos?

Javier entendió de inmediato y sin pensar más en caminar, la llevó casi corriendo al carro, a ella le encantó la reacción ansiosa de su querido Javi y sonriendo le dijo:

- Vaya que tienes prisa.

- No quiero perder el tiempo, mi amor, sé que tienes que regresar al trabajo – contestó él sonriendo.

Ambos rieron mientras caminaban y efectivamente no perdieron ni un segundo en salir de la plaza y encontrar un hotel ¿Qué hotel? No importaba, nada en ese momento importaría más hasta que abrazados, desnudos y cansados llegaron a la conclusión de que esa relación era lo más hermoso que tenían y, sin importar las demás cosas en el mundo, no la dejarían morir.

## Capítulo 6

### CAPÍTULO II

#### MUCHO TRABAJO

A embarques llegó el Tráiler con la mercancía para devolución, un lote de cajas por una venta de quinientos mil pesos, regresada por no cumplir con los estándares de calidad de un cliente que había sido estable y constante tanto en pedidos como en pagos, sin duda el que alimentaba los flujos de efectivo de la compañía, representaba entre el cuarenta y cincuenta por ciento de los ingresos anuales y cuatro años atrás representaba el noventa por ciento, la empresa se llamaba "Transpacific, S.A de C.V." y se dedicaba a la producción y exportación de material electrónico.

- Martha, ¿sabes dónde anda Javo? – preguntó Raúl a la asistente de Javier.

- No señor – contestó está, notaba el coraje en el rostro blanco de Raúl, era fácil de identificar ya que cada que se enojaba su rostro se ponía rojo y los ojos se le veían llorosos.

- Pues trata de contactarlo, por favor, dile que me llame, que me urge hablar con él.

Raúl comenzó el día con un ligero dolor de cabeza que poco a poco adquiría la magnitud de migraña; desde que llegó a la planta, Mario Molina, Jefe de producción, le comentó que una de las máquinas para corrugados no estaba "jalando bien" pero que ya la estaban checando los de mantenimiento, eso significaba que la producción estaría baja, una mala noticia considerando que tenían que resurtir el pedido a Transpacific, el reproceso de las cajas devueltas y los pedidos que ya habían sido programados para ese día.

"Todo este desmadre es por el pinche Javo", se dijo frustrado mientras que firmaba los contra-recibos para que el tráiler entrara al almacén "Yo le dije que no dejara ir al pinche Macario" y comenzó a recordar cuando platicó con su socio sobre la necesidad de mantener a su antiguo jefe de producción.

- No buey, no mames, no le voy a subir casi diez baros de un madrazo – ese día le dijo Javier enojado.

- Buey – contestó Raúl – si le están ofreciendo cuarenta y cinco y me dice que con cuarenta se queda con nosotros ¿Cuál es el pedo?, a parte



Macario siempre nos ha sacado la chamba.

- No canijo, pues contrato a otro que también la saque y que no se quiera manchar con el sueldo.

- Buey, neta piénsalo, además hace como tres años que no le subimos el sueldo.

- Bueno, si tanto te interesa conservarlo, ¿por qué no le pagas de tus utilidades la parte del aumento? – concluyó Javier en tomo pedante.

Raúl no supo que contestar, sus utilidades no eran más que un reparto simbólico al cierre de cada año, dinero que le sabía más a aguinaldo que al fruto de su participación social; tomó los papeles de la renuncia, ya firmados por Macario y los llevó a su oficina donde llegaría su antiguo jefe de producción a ver el resultado de la plática, ya que había prometido a Raúl esperar hasta que lo hubiera checado con Javier.

- Te dije canijo – le comentó Macario con una sonrisa triste al escuchar el relato de su jefe inmediato – si ese canijo es bien necio cuando se monta en su macho. Y lo peor, es que cuando ya la cagó, después no quiere aceptar la culpa, siempre se la hecha a uno.

- Pues sí, canijo – dijo Raúl, en su rostro aún era visible la frustración y el coraje – yo le dije que la estaba cagando, pero pues no pude hacerlo entender.

- No, no te preocupes, carnal, mira, si yo estaba dispuesto a quedarme era más por ti que por él, al principio la verdad se me hacía muy buen jefe, pero cada vez se vuelve más pesado trabajar para él, la verdad es que yo no sé ni cómo lo aguantas.

- Pues si canijo, pero esta empresa también es parte de mi patrimonio, aquí tengo mi dinero invertido – Macario lo miró con una sonrisa sarcástica y tierna a la vez, como un padre que quiere corregir a su hijo con la mirada.

Raúl entendió muy bien el gesto, desde el principio del proyecto él se había visto más como un empleado que como dueño, pero el crecimiento acelerado de la fábrica lo llenó de ánimos de superación y éxito. Durante mucho tiempo la actitud entusiasta y proactiva de Javier se le había contagiado haciéndolo verse a si mismo como un gran emprendedor, tomaba cada uno de los retos y proyectos lleno de ánimo pensando siempre en el futuro. Un buen día llegó Javier emocionado, había estado con un cliente, el gerente de compras de Transpacific que le ofreció un muy buen trato, un lote de cajas de casi doscientos mil pesos para comenzar la relación de negocios, si ellos podían con la carga, Transpacific los incluiría en su cartera de proveedores; fue entonces que se vieron en

la necesidad de modernizarse; Javier, emocionado por el proyecto, se dedicó a conseguir dinero para nueva maquinaria y vendió su carro y un pequeño departamento que había comprado cuando estaba soltero; Raúl, no teniendo nada que vender, hizo su aportación principalmente en trabajo y dedicación, algo a lo que no cualquier socio le hubiera dado mucho valor. El lote salió con éxito y llegaron más y más pedidos, Javier le decía socio, hermano y amigo; Raúl en verdad estaba agradecido con su camarada, el que había apostado todo su futuro a construir el porvenir de ambos.

- Martha – dijo saliendo de su oficina – ¿no tiene una aspirina o algo para la cabeza? – ya no soportaba la migraña, la frente le punzaba y empezaban a dolerle las cuencas de los ojos.

- No señor – contestó Martha abriendo el cajón de su escritorio como para asegurarse que decía la verdad – En el botiquín seguro tienen algo.

- ¿No le ha contestado Javier? – preguntó por inercia, ya que conocía muy bien la respuesta, si no le había contestado a él, mucho menos a Martha.

- No señor, ¿le vuelvo a marcar?

- No, así déjalo, si puede, consígame algo para la cabeza, por favor – concluyó y regresó a su oficina.

Miró por la ventana, los de embarques estaban terminando de descargar el tráiler; más lejos, hacia el fondo de la planta, estaban los obreros entretenidos cada uno en sus funciones, algunos verificando el proceso de las maquinas, alimentándolas de materia prima y retirando el producto terminado, algunos se hablaban de vez en cuando, pero solo un momento y regresaban a su actividad. También con los obreros había tenido problemas a raíz de la llegada de Mario, en la mirada del personal se notaba coraje y descontento, el nuevo jefe de producción no les agradaba porque era pedante, regañaba a gritos y no tenía ningún contacto cercano con ellos; Macario, por su parte era una figura totalmente distinta, se le veía moviéndose de prisa por toda la planta a todas horas del día, siempre seguido por dos o tres obreros que necesitaban soporte o que recibían instrucciones para una nueva tarea.

“¿De dónde habrá sacado Javier a este tipo?” se preguntó Raúl mirando desde la ventana a su jefe de producción parado frente a una maquina descompuesta con cara de no tener ni la menor idea de qué hacer “si fuera por mí, lo mandaría a chingar a su madre de una vez” se dijo y aquella idea vino acompañada de un incremento en el dolor que sentía, cerró los ojos y apretó su cabeza con fuerza para controlarlo, poco a poco fue disminuyendo pero sabía bien que eso seguiría así todo el día.

El teléfono solo, a Raúl le molestaba el sonido del timbre poco menos que la luz de las lámparas, levantó de inmediato la bocina tratando de evitar que sonara de nuevo, pero el movimiento repentino también fue contraproducente, aquel dolor era como cargar un vaso de agua lleno hasta el tope y cualquier movimiento por pequeño que fuera hacía que derramara un poco, de igual manera cualquier gesto que no estuviera bien medido le causaba más dolor.

- estimado Raúl, ¿cómo estás?, soy Francisco Gómez – el interlocutor era el dueño de un taller de calzado en León Guanajuato, buen comprador, pero mal pagador.

- Estimado Paco, muy bien, gracias, ¿tú cómo estás? Dime ¿qué puedo hacer por ti? – contestó Raúl mientras frotaba su frente con los nudillos.

- Mira, necesito que me autorices una venta, hablé con la señorita, esta de ventas, ¿cómo se llama?, creo que Marisol – la forma en la que aquel hombre hablaba también le parecía desesperante a Raúl – y pues ella me dijo que no podía procesar el pedido; mira, son un paquete de seiscientas cajas, las necesito para sacar un pedido y me dijo que me te llamara a ti para que lo autorizaras, ¿cómo ves?

- Claro que te apoyo, deja checo por qué te bloquearon la venta – Raúl entró al sistema, y en el módulo de clientes ubicó de inmediato a Francisco Gómez, tenía una línea de crédito de un mes y se había excedido más de sesenta días – Estimado, lo que pasa es que el sistema te bloqueó porque tienes atraso en los pagos de tus facturas, necesitamos que hagas el pago para que tu línea de crédito se regularice.

- Mira, pues si, si se que les debo unas facturillas, digo, si te las voy a pagar, nomás que para eso necesito que me echen la mano esta vez – contestó el cliente comprometido.

- Lo que pasa es que necesitamos por lo menos un pago parcial para liberar la venta, no se si nos puedas apoyar con eso.

- Mira, pues ahorita no te puedo hacer el depósito, por eso te digo que necesito un poco más de crédito, yo sin falta la próxima semana les hago el pago de lo que les debo – dijo el hombre, ahora sonaba preocupado.

- Si, pero yo no te puedo liberar el crédito sin un pago previo, es política de la empresa – contestó Raúl, en el fondo quería que el hombre desistiera, que lo amenazara con irse con otro proveedor y le colgara el teléfono, pero no lo hizo.

- ¿Ni con promesa de pago?

- Eso lo tiene que autorizar el director general, yo no puedo autorizarlo – Raúl separó un momento el teléfono de su oído, no sabía si la voz del cliente era cada vez más fuerte o si eran sus oídos los que se estaban volviendo más sensibles a raíz del dolor.

- ¿Entonces no se puede? – dijo el cliente exasperado – o dime ¿con quién tengo que hablar?

- Tienes que verlo con el director general, pero no se encuentra el día de hoy, si gustas marcarle mañana, pide que te comuniquen a la extensión 1116 – contestó Raúl, viendo que en la puerta estaba Mario, un símbolo de más problemas para él.

- Bueno, entonces mañana le marco, pero no me gusta que me hagan eso, oye, a mi me urge, yo pensé que tú eras el bueno, de haber sabido le pido a la señorita que me diera de una vez el número de tu jefe – aquellas palabras en tono altanero hicieron que Raúl se sintiera aun peor, quiso gritarle que hiciera lo que quisiera y que de ser por él no le volvía a vender nada.

- Si, estimado Francisco, siento no poder apoyarte, que tengas buena tarde – dijo y colgó sin esperar respuesta.

Se levantó de su silla y fue a la puerta sin dejar que Mario entrara, Martha estaba en su escritorio imprimiendo algunos cheques para firma de Javier.

- Martha - ¿sí pudiste conseguirme la aspirina?

- ¡No ingeniero! – contestó ella haciendo un gesto de pena – aun no voy a ver al botiquín, deme un segundo nada más.

Raúl no contestó, se metió a su oficina y dijo a Mario sin mirarlo:

- Pasa.

- Mi buen "Rul", tenemos un problema – dijo él mirándolo como si estuviera preocupado y a la vez estuviera jugando y posando ambas manos en el escritorio mientras Raúl se sentaba.

- ¿qué crees? que la maquina no queda, creo que algunas cuchillas están madreadas porque no están cortando bien, estábamos desperdiciando mucho cartón, vamos a tener que comprar otras.

- Bueno, ¿y qué piensas hacer? – contestó Raúl impaciente – imándalas a traer!, pero quiero que esa máquina quede ya.

- No, si nomás que esas no son piezas que consigas en ferreterías, no se si no las manden hoy – la voz de Mario era exasperante para Raúl, demasiado gangosa y siempre con tono altivo.

- Bueno, ¿entonces quieres que yo te las consigas?

- No, si nomás te venía a informar que las vamos a pedir, pero igual si no nos llega hoy, pues la maquina no va a quedar hasta mañana.

- Haz lo que tengas que hacer, ipero quiero que quede hoy! - concluyó casi gritado, olvidandose de su cabeza.

- Si Raúl – contestó Mario saliendo de la oficina.

Cuando Mario salió Raúl se quedó mirando a través de la ventana, en teoría todo estaba andando, los trabajadores inmersos en su jornal se movían entre las máquinas de forma monótona, se preguntó si acaso todo marcharía igual si él no estuviera en la empresa “a caso Javier habría logrado todo esto sin mí”, una repentina punzada en la cabeza, aguda como si le hubieran clavado una aguja en la frente, lo sacó de sus pensamientos. En ese momento Martha llegó con un vaso de agua en la mano izquierda y las anheladas pastillas en la derecha, se las entregó y salió de inmediato.

- Ingeniero – dijo Mario entrando una vez más a la oficina exactamente una hora después de su primera visita – ya terminaron de descargar la devolución.

- Está bien – contestó Raúl apretándose con las manos la cabeza – ¿cómo van con la máquina?

- Pues me dijeron que si queda hoy.

- ¿A qué hora? – dijo Raúl impaciente.

- Esa información aun no te la tengo – dijo Mario en tono de broma.

A Raúl le desesperaba su nuevo empleado, hablaba de todos los temas de manera muy general, nunca daba detalles, ya le había pedido a Javier que lo corriera, pero se había topado una vez más con pared “no podemos correrlo, apenas se está acoplando, dale si quiera uno par de meses para probarlo” y ese par de meses habían desembocado en el error en la producción que le hizo por primera vez en su vida aceptar una devolución por no cumplir con los estándares de calidad. Lo peor de todo es que Javier se había molestado con todos en general e incluso Raúl fue sancionado por aquella falla.

- No mames Javo – le dijo ese día enojado – yo te dije que lo corrieras desde antes.

- Buey – contestó Javier en el mismo tono – ¿y este buey es el único responsable?, ¿entonces dónde están los de control de calidad? ¿y tú cómo le das salida a la mercancía sin estar seguro de que va bien?

Frustrado una vez más Raúl aceptó el castigo y se refugió en su oficina, apenas tres días después le daba entrada al producto inconforme y veía como una vez más Javier comenzaba a ausentarse de la empresa, llegar tarde y salir temprano “¡o sea que todo es mi pedo!” pensó desesperado. El dolor de cabeza empezaba a ceder, pero continuaba siendo una molestia constante. En su celular había un mensaje que le llamó la atención, no era Javier, era Macario que lo saludaba, él contestó animado el saludo, era bueno leer un mensaje amigo en esa tarde pesada, Macario no se detuvo mucho en saludos de cortesía, fue al grano.

- Canijo, ¿cuándo puedo verte? Tengo un negocio que proponerte, aquí donde estoy están buscando personal y les interesa tu perfil, te quieren también para director de planta.

## Capítulo 7

### CAPÍTULO III

#### VISITA FORMAL

Una semana después de que Lidia y Javier hicieran su relación un poco más formal tuvieron que verse de nuevo, también en lunes, pero en esta ocasión sería para asuntos de negocios, aun así ella aprovechó y se arregló lo mejor que pudo, su intención profesional era lucir elegante, su intención personal era gustarle a Javier, gustarle tanto como para lograr que su mirada se centrara en ella y que no pudiera siquiera poner atención a la conversación, lo planeó como una travesura.

La junta de ese día sería para entregar estados financieros de años anteriores y para ello había decidido llevar un vestido corto, con vuelo en la cintura, color rojo, de una sola pieza, con la espalda descubierta y escote en V; sin sostén para no quitarle forma al vestido y sin medias. Llegaría directamente a la junta sin pasar al despacho, también irían Rubén Aculco, el socio de la cuenta de Javier, y Poncho, su encargado de confianza, que llevaría las operaciones de la misma cuenta. Se maquilló con un labial color rojo que hacía que sus labios brillaran, sombras de un tenue rosa que, junto con el rímel, hacía que sus ojos café claros, casi miel, lucieran aún más claros y grandes; al terminar de arreglarse se miró en el espejo de cuerpo completo y se gustó mucho, sabía que también le gustaría a Javier.

Poco antes de las diez de la mañana llegó Poncho, había quedado de pasar por ella, le marcó a su celular avisándole que la esperaba en la entrada de la unidad. Lidia tomó su bolsa de mano, se despidió de su mamá que estaba en la cocina calentando un vaso de leche para Andy y luego fue a la sala donde el niño jugaba con unos cubos sobre tapetes de foamy.

- Nos vemos al ratito, mi chamaco – le dijo cargándolo para abrazarlo – te portas bien con tu `abu`.

- Si mamá – dijo el niño rodeando su cuello con sus pequeñas manitas – te quiero mucho.

- Mi bebé, yo te quiero más – contestó la madre feliz de escuchar a su hijo – sabes que eres mi vida – y le dio un beso en la mejilla dejándola marcada de rojo. El niño sonrió y le devolvió un beso.

- Te ves muy bonita, Lidi – dijo con tono adulto, su madre comenzó a reír

y volteó a ver a la abuelita.

- Míralo que galante – la abuelita sonrió a su vez mientras retiraba la leche de la estufa.

- Si, si mi bebé es bien lindo – contestó.

- Tú también te vez muy guapo, mi caballero – dijo Lidia pegando su frente contra la de su hijo mientras lo bajaba y lo dejaba sentado de nuevo en los tapetes – sigue jugando, mi amor y pórtate bien, no hagas enojar a tu “abu”.

- No mami – el niño regresó su atención al juego mientras Lidia salía del departamento despidiéndose una vez más de su mamá y de su hijo.

Afuera de la unidad estaba Poncho estacionado en doble fila, tenía un Tsuru del 2009 color rojo con la pintura un poco gastada, era su primer carro y el día que lo adquirió le contó emocionado a Lidia que uno de sus tíos se lo había vendido muy barato. Al verla bajó corriendo del carro para abrirle la puerta, ella sabía que su encargado favorito era todo un caballero y por eso le caía aún mejor, en el elevador siempre esperaba a que ella entrara primero, sosteniendo la puerta para que no se cerrara e incluso cuando salían a comer se paraba detrás de ella para ayudarle con la silla cada que ella se sentaba.

- ¿Hoy por qué tan bonita jefa? – preguntó una vez que entró al carro con dificultad ya que no era nada ágil.

- Hay que estar presentable en las juntas, Ponchito – dijo Lidia riendo, Poncho se distrajo en su sonrisa y se sonrojó al ver que ella se había dado cuenta, ella por su parte no prestó atención a su mirada, estaba pensando en Javier.

- Creo que hoy vamos solos – dijo mirando su celular – dice Rubén que tiene que ir a Plateros, que no va a poder llegar a la reunión, vas a tener que ponerte vivo, Ponchito.

- Ya está todo listo jefa, no lo necesitamos – contestó Poncho mientras encendía el radio en una estación de música de banda y comenzaba a avanzar.

A las diez de la mañana en punto partieron de la unidad y a las diez cinco Lidia volvió a mirar su celular, el mensaje de buenos días de Javier había llegado de manera puntual, como todos los días, a las diez y un minuto.

- Buenos días contadora, no se le olvide que hoy tenemos junta.



- Buen día ingeniero – contestó ella agregando emoticones de caritas sonrojadas – no se me olvida, ya vamos en camino.

- Espero que no llegue tarde, tengo muchas ganas de verla, ha sido una semana muy larga sin contemplar su hermosa carita – y agregando un emoticón con corazones en el rostro.

La plática por mensajes continuó a lo largo del camino mientras Poncho, ajeno a ello, hablaba de temas de las demás empresas, mezclando su conversación con pláticas casuales sobre su propia vida, Lidia no le prestaba mucha atención, después de cada mensaje lo miraba como escuchando mientras esperaba la respuesta de su amado.

Llegaron a la planta a las once y cuarto, estaba ubicada en Tlanepantla, en una zona industrial, sobre una calle con asfalto gastado lleno de baches enormes que Poncho pasaba con dificultad y con banquetas sin guarnición ni pavimento; la entrada era en un zaguán color blanco con una puerta de acceso para el personal al lado izquierdo, tuvieron que bajarse para registrarse y a Lidia le frustró un poco llenarse de polvo las zapatillas rojas y los tobillos blancos “creo que vine muy formal” pensó mientras esperaba que les dieran acceso para ingresar el carro.

Javier, contra su propia costumbre, salió a recibirlos hasta la entrada de la planta, el plan de Lidia tuvo efecto desde que él abrió la puerta ganándole la cortesía a Poncho, la miró de los pies a la cabeza quedando paralizado a primera vista, tiempo después recordaría que trató de hablarle, quiso saludarla y simplemente las palabras se ahogaron dentro de un suspiro repentino, un choque de emoción que en su vida nunca había experimentado, ella por su parte lo miró con toda la naturalidad de su gesto animado y le besó la mejilla mientras le decía “hola Javi, ¿cómo estás?” mientras él la abrazaba cariñosamente y devolvía el beso en la mejilla tratando buscando lo más posible tener un contacto con los labios, ella un poco inquieta por aquel gesto trato de liberarse del abrazo esperando que Poncho no se hubiera dado cuenta de aquella familiaridad. Javier no notó el desconcierto de su novia secreta, extendió la mano para saludar amistosamente a Alfonso, apretando con fuerza como era su costumbre y recobrando a la vez toda la compostura, los dirigió hacia la entrada de la planta.

- ¿No tuvieron problemas para llegar? – preguntó mientras les mostraba el camino sobre de la graba del estacionamiento hacia el pavimento de la entrada; una puerta de cristal situada a lado derecho del complejo que apenas tenía espacio para la puerta y la enorme maya donde podían estacionarse dos tráileres a la vez para dejar material o cargar mercancía.

- De hecho, si – contestó Lidia mirando con picardía a Poncho – nos perdimos como quince minutos, nos pasamos la desviación de la carretera

y tuvimos que buscar el retorno.

Poncho miró a Javier apenado, como si lo hubieran delatado, pero él ya sabía de antemano puesto que Lidia no dejó de ir en contacto durante todo el camino "amor, creo que ya nos pasamos" le escribió cuando el conductor se dio cuenta que acababan de dejar atrás la salida de la carretera.

- Me hubieras hablado Lidi – dijo Javier mostrando sorpresa – Yo hubiera ido por ustedes hasta el centro de Tlalne.

- No te preocupes, Javi, no fue muy difícil llegar – contestó ella entrando por delante en la puerta de cristal, la mano de Javier se posó en su cintura y ella apenada la retiró mirando de reojo a Poncho que al mismo tiempo desviaba la vista hacia la máquina expendedora de dulces que estaba al lado de la entrada.

Poncho había visto todo desde que su jefa bajó del carro y aunque disimulaba no haberse dado cuenta de nada en su mente surgió una idea que ya antes había considerado, pero no muy seriamente, su jefa y el nuevo cliente se llevaban demasiado bien, de una manera muy familiar, eso ya lo había visto antes, ya sabía de qué se trataba y, aunque sabía que eso tenía que tenerlo sin cuidado, no evitó el sabor amargo de la decepción en la garganta.

Atravesaron la zona de embarques por un corredor marcado de amarillo, después de embarques había unas escaleras de metal que llevaban a las oficinas de la planta alta, al subirlas estaba la zona de ventas, en la que cinco trabajadores, cada uno en su escritorio estaban más atentos a ver subir a la contadora que ha su labor de ventas, pero tratando de ser discretos solo dijeron buenos días contestando al saludo general de los contadores.

En el área de ventas caminaron como si regresaran a la entrada, pero por el segundo nivel, después de los escritorios había un pequeño pasillo sin puerta que dividía la planta alta en dos, del lado izquierdo un baño individual para mujeres, del derecho el baño individual para hombres; luego seguía la sala de juntas del lado derecho y la oficina del Contador Marco el cual tenía un marcado rostro de angustia que se hizo más evidente cuando vio la comitiva asomarse a su puerta.

- Marco, te presento a la contadora Alma Lidia Martínez Torrez, la gerente del despacho de contabilidad – se saludaron diciendo a la par "mucho gusto", Lidia sintió la mano de Marco muy delicada, un montón de huesos sobre piel que apenas tocaban la suya – Y al contador Alfonzo... - Javier titubeó – Perdón, no es grosería, pero no recuerdo tus apellidos.

- No te preocupes – Saludó Poncho mientras contestaba a Javier – Alfonso Romero Córdoba, para servirle.

- Bueno, Marquito, voy a estar en mi oficina, no te desaparezcas porque vamos a tener junta con los contadores.

Marco, contestó titubeando “si, aquí voy a estar” ninguno le entendió muy bien, pero tampoco le prestaron atención, salieron de la oficina y continuaron el camino hasta el escritorio de la secretaria que compartían Raúl y Javier, la señora Martha los miró sonriendo y se levantó de su silla para saludar en el momento en que los presentaron. La oficina de lado derecho era de Raúl que en ese momento no estaba ahí, la de lado izquierdo era la de Javier y se veía mucho mejor amueblada que el resto de las instalaciones, tenía una cafetera justo a lado de la puerta de entrada, bastantes pinturas en la pared con dibujos de paisajes y algunos campesinos en calles empedradas y uno en especial al que Lidia nunca pudo encontrarle forma, pero que llamaba mucho su atención, eran un montón de rayas de colores mezclados como si hubieran sido esparcidos al azar sobre el lienzo blanco, al centro de la oficina había una mesa redonda con cuatro sillas reclinables dos más enfrente del escritorio de cristal de Javier que estaba frente a la ventana, de lado izquierdo de la puerta; el sillón de Javier también era reclinable, mucho más grande que los otros dentro de la oficina, se veía bastante cómodo y cuando se sentaron Lidia tuvo la tentación de acomodarse en ese lugar y dejar que Javier eligiera cualquier otro para él.

- Poncho, ¿qué crees? – dijo Lidia un instante después – dejé el sobre con los estados en tu carro, ¿vas por ellos, por fa?

- Claro, Lidi – contestó Poncho levantándose de su silla y saliendo de la oficina al mismo tiempo que Javier se asomaba a la puerta y le pedía a Martha que fuera a buscar a Raúl.

Martha atendió de inmediato la petición de su jefe y se dirigió a prisa al área de producción. Lidia entonces aprovecho aquel instante para sacar su espejo y revisar su maquillaje, en el reflejo de este vio a Javier parado frente a la puerta, no le decía nada, la miraba como hipnotizado, lo vio de pronto caminando hacia ella con paso seguro, el ruido de su andar se opacaba por la alfombra gris, sintió el contacto de las manos duras, lizas y cálidas sobre sus hombros suaves, los nervios enchinaron su piel mientras que el avanzaba hacia sus pechos, alarmada giró la silla para detenerlo.

- No Javier qué hac... - y la frase se interrumpió con un beso robado, un contacto furtivo lleno de deseo y desesperación por tenerla, un beso traidor que le arrancó de la conciencia todo instinto de prudencia y dejándose llevar contra su propia voluntad se entregó a aquel beso como si fuera el último que daría en su vida, se levantó lentamente sin separarse de los labios de su amado mientras entregaba la cintura a las

caricias de aquellas hermosas manos, manos mágicas de roces sutiles y contactos firmes, de caricias seguras y pasión desbordante, se dejó llevar por un segundo que en sus sueños vendieron se manifestaría como un contacto eterno.

- Perdóname – le dijo Javier al final, separándose de ella – no pude evitarlo, te ves hermosa.

- No te preocupes – dijo ella mirando hacia la puerta de reojo para evitar tener contacto visual con quien aún la abrazaba – solo que me sorprendió mucho, en tu oficina no, ¿va?, alguien podría entrar y te metería en muchos problemas, o tú a mí.

- Tendré más cuidado, mi amor – dijo al final dándole otro pequeño beso, apenas un roce de sus labios, para luego soltarla.

- Te manché de labial – le dijo Lidia limpiando con sus dedos el labio inferior en donde se veía más claramente la marca culposa del beso robado - ¿Cómo habré quedado yo? – dijo riendo al terminar de limpiarlo – iré al tocador para arreglarme, ya no estés de travieso.

- No te preocupes – ella caminó hacia la puerta – ¡oye! – ella volteó – te amo – dijo él apenas susurrando.

- Yo también te amo – respondió ella en el mismo tono y se dio la vuelta caminando con un ligero e involuntario contoneo de caderas.